

## El Taller Nueva Historia: Historiografía y mundo popular en Santiago de Chile, 1979-2004 (Una historia en primera persona)<sup>1</sup>

*New History Workshop: Historiography and the world of the working class in Santiago de Chile, 1979 - 2004 (A first-person narrative)*

Mario Garcés Durán<sup>2</sup>

Recibido: 15 de mayo de 2021 • Aceptado: 16 de junio de 2021

Received: may 15, 2021 • Approved: june 16, 2021

### Resumen

Este artículo narra en primera persona, iniciativas relativas a la memoria histórica con pobladores y sindicalistas que se desarrollaron en la ciudad de Santiago, desde fines de los años setenta y a lo largo de la década de los ochenta. Se sostiene que la memoria fue un campo de confluencia, entre jóvenes historiadores y personas provenientes de organizaciones sociales populares; entre la historia del tiempo presente y la Educación Popular. Se pone énfasis en el valor de la memoria como campo de resistencia a la dictadura, pero sobre todo en los aprendizajes que representó para los diversos actores implicados en estas iniciativas. A los historiadores los interpeló y estimuló para pensar nuevos enfoques y preguntas que les hizo transitar, desde las formas tradicionales de la historiografía hacia la historia social popular; es decir, una historia capaz de reconocer y dialogar con los sujetos populares. Un giro epistémico se comenzaba a constituir en estos años, desde distintos lugares y actores de la disciplina. La narrativa se cierra con algunas reflexiones relativas a la recuperación de la democracia y el lugar de los sectores populares en ese inédito proceso.

**Palabras clave:** Historia, Memoria, Educación popular, Sectores populares

### Abstract

This article narrates in first person, initiatives related to historical memory with the *pobladores* and trade unionists, developed in the city of Santiago since the late seventies and throughout the eighties of the past century. It is argued that memory was a field of confluence among young historians and people from grassroots movements; between the disciplines of History of present time and Popular Education. Emphasis is placed on the value of memory as a field of resistance to the dictatorship, but above all, on the learnings it meant for the various actors involved in these initiatives. Learnings that in case of historians challenged and stimulated them

---

1 Este artículo surge de una ponencia presentada en el Seminario Permanente de Estudios Intelectuales, Soportes y Redes Culturales, 23 -24 de julio de 2020 y como producto del Proyecto FONDECYT N° 1190059, Usos políticos de la transición a la democracia. Ensayos políticos y demandas sociales en la construcción del tiempo histórico reciente, Chile 1988-2012.

2 Doctor en Historia, Profesor asociado. Departamento de Historia. Universidad de Santiago de Chile, Santiago de Chile. Correo electrónico: mario.garces@usach.cl

to think in new approaches and questions that made them move from traditional historiography towards social history, which meant, a history able to recognize and dialogue with popular subjects. An epistemic turn began to be constituted in these years, from different places and actors of the discipline. The narrative closes with some thoughts on the recuperation of democracy and the role of the popular sectors in a process never seen before.

**Keywords:** History, Memory, Popular Education, Popular Sectors

---

## Introducción

A fines de los años setenta, cursaba los primeros años de la Licenciatura en Historia, en la Pontificia Universidad Católica de Chile y al mismo tiempo, colaboraba con el Equipo de Educación Popular de la Vicaría Zona Oeste de Santiago, de la Iglesia Católica. Desde esta organización, muchas veces fui invitado para realizar pequeñas charlas sobre la historia del movimiento obrero en Chile. Estas invitaciones surgían en el contexto de programas de formación, que este equipo de laicos y agentes pastorales, realizaban con adultos, pero especialmente con jóvenes de “poblaciones” del sector poniente de la ciudad de Santiago. Para muchas personas, en ese tiempo, las preguntas fundamentales con la historia, eran: ¿Qué nos pasó?, ¿Por qué fracasó el gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular? ¿Qué papel jugaron los trabajadores, el movimiento obrero, los partidos políticos de izquierda? Y también, explícitamente o no, ¿Cuánto tiempo duraría la dictadura? Mis primeras respuestas a estas preguntas, que también a mí me inquietaban, y para muchas de las cuales no contaba con suficientes saberes, fue buscar en la producción historiográfica chilena. Esta no era, sin embargo, una tarea sencilla, por mucho que yo fuera estudiante de historia. En la Universidad estos temas no se abordaban; en las bibliotecas públicas, muchos de los textos pioneros en el estudio del movimiento popular chileno, o no estaban, o habían sido retirados de las estanterías (sea como producto de la censura cultural prevaleciente en el país o por miedo de prestar ese tipo de textos); muchas personas que en años anteriores tenían algunos de estos libros, los habían escondido o les habían sido requisados en allanamientos que los militares practicaban a los domicilios particulares, o sencillamente, habían sido quemados en la vía pública, como se puede apreciar en algunos documentales de la época. Entonces, el contexto no ayudaba para responder a estas preguntas que las bases populares le hacían a la historia.

### 1. El Taller Nueva Historia

Había, en consecuencia, que hacer un camino más largo. Al principio, simplemente encontrar libros en algunas bibliotecas vinculadas a la Iglesia Católica, o visitando negocios de libros usados en la vieja Calle San Diego, del antiguo Santiago. Escribí en aquel tiempo, pequeños textos, editados a mimeógrafo, que eran luego distribuidos por los canales de la Iglesia Católica de la Zona Oeste de Santiago. Por cierto, eran textos muy básicos, pero que de alguna manera buscaban hacerse

cargo de algunas de las preguntas antes indicadas. De todos modos, había que ampliar las búsquedas y dos de ellas fueron fundamentales. Una relativa a la producción del saber histórico y otra íntimamente vinculada a ella, de carácter metodológico. Con relación a la primera búsqueda, una feliz coincidencia nos hizo avanzar. Entre los estudiantes de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Católica comenzaron a organizarse “Talleres Culturales”, que eran espacios informales a través de los cuales, estudiantes de distintas disciplinas, comenzaban a interrogarse –en medio de las fases más duras de la dictadura, cuando aún los presos desaparecían- sobre el sentido de sus estudios. Corría el año 1979. En este contexto, surgió un grupo de jóvenes estudiantes de historia, que pronto bautizaríamos, como el “Taller Nueva Historia”.<sup>3</sup> La denominación no fue, por cierto, inocente, ya que entendíamos que la vieja historia de héroes y batallas y fijada en el Estado, carecía de respuestas para una sociedad traumatizada y sometida por la dictadura. El Taller Nueva Historia, al principio sería un grupo de estudios y luego, de producción de pequeños trabajos de apoyo a la formación de líderes sociales, tanto del ámbito poblacional como sindical.

La segunda búsqueda, que llamé de orden metodológico, iba en otra dirección. No podíamos reproducir las formas tradicionales de la enseñanza, ya que el trabajo de base en aquellos años estaba fuertemente influido por la Educación Popular, lo que nos obligaba a pensar que cualquiera fuera la forma de la enseñanza, ésta debía tener como punto de partida, la expresión y el saber de los educandos. De este modo, la forma de trabajo que más se ajustaba a este requerimiento era el “taller”, en el que el historiador debía comunicar su saber, pero al mismo tiempo, ser capaz de escuchar e interactuar con el saber de los participantes, Esta fue una segunda feliz coincidencia de aprendizaje: teníamos que aprender a escuchar a los participantes, que podían aportar desde su propio “saber histórico”, que como veremos, era el saber de sus propias memorias.

## 2. La “recuperación de la memoria popular”: los talleres de memoria

Con el historiador Pedro Milos, con gran oficio como educador, más de una vez tuvimos que imaginar e inventar metodologías participativas, y fue tal vez, en una Escuela de la Fe, organizada por sacerdotes de la Vicaría Zona Oeste, donde terminamos de descubrir lo que buscábamos y queríamos aprender a hacer. Se nos pidió que apoyáramos la formación de un grupo de personas, con relación a la realidad histórica y social, con el objeto que los participantes vincularan su fe con la vida. Eran los tiempos de la Teología de la Liberación. La solución que imaginamos y pusimos en práctica fue la siguiente: Dibujamos en una enorme pizarra, una línea del tiempo (todo el siglo XX), y en la parte de arriba de la línea, anotamos los sucesos que nos parecían más relevantes del siglo XX chileno. Luego, distribuimos tizas entre los participantes y les pedimos que cada uno de ellos pasara al frente de la sala y anotara uno o dos sucesos, que consideraran importantes de sus propias vidas individuales y colectivas. El resultado fue sorprendente en dos sentidos: En primer lugar, todos los participantes se animaron y a medida que se sumaban los

---

3 Varios de estos jóvenes no siguieron en el campo de la investigación. Otros sí, como fue el historiador Pedro Milos, con el que formamos equipo de trabajo por varios años en la ONG ECO; Educación y Comunicaciones.

relatos, comenzaron a sentirse “parte de la historia”, sus vidas parecían inscribirse en un continuo histórico y social, pero, además, parecían también cobrar nuevos sentidos. En segundo lugar, nosotros sabíamos de historia política e historia del movimiento obrero, pero nuestros participantes eran pobladores, y, en consecuencia, comenzaron a contarnos historias de las “poblaciones” del sector poniente de Santiago, que nosotros como historiadores no conocíamos. Un grupo de personas, que participaba de la actividad, provenía de *Herminda de la Victoria*, una emblemática población surgida de una “tomas de sitios”, en marzo de 1967. En este contexto, profesores y participantes, educadores y educandos –como sugería Paulo Freire- aprendíamos desde un campo en común: al ancho y multifacético campo de la memoria. Habíamos logrado producir un vínculo entre la Historia y la Educación Popular, recurriendo a la memoria.

Este fue un paso importante, pero aún insuficiente. Muchos grupos de base demandaban cursos o talleres que incorporaran la historia del movimiento popular, de los partidos políticos, etc. Sin embargo, como ya indiqué, padecíamos de déficits de diversa naturaleza, entre los cuales, dos muy específicos eran, primero, que no había libros en el mercado que se pudieran comprar y distribuir, y segundo, que tampoco había muchos especialistas en estos temas que pudieran hacer de profesores. Nuestro equipo del Taller Nueva Historia, éramos inquietos estudiantes de historia, en proceso de formación, aunque se debe aclarar que algunos de nosotros habíamos iniciado estudios universitarios durante la Unidad Popular<sup>4</sup>. El Equipo de Educación Popular de la Vicaría Oeste nos pidió entonces, escribir un pequeño libro sobre el movimiento obrero en Chile, que editamos en versión mimeo en 1980, con el apoyo de la Vicaría de Pastoral Obrera. Pero, se trataba de una edición pequeña y no todos los participantes de grupos de base leían textos muy largos. La solución, que estaba en uso, con mucho éxito en la Educación Popular en esos años, fue producir y editar un diaporama, que subdividimos en tres partes, y titulamos *Historia del movimiento obrero en Chile, 1810-1970*.



4 En mi caso, había estudiado Antropología y otros dos miembros del Taller, Economía. Todos habíamos sido marginados o expulsados de la Universidad luego del golpe de estado de 1973.

El diaporama se conformaba de una serie de diapositivas y una banda de sonido, en que se narraba la historia social y política chilena, teniendo como hilo conductor, lo que se conocía de la historia del movimiento obrero en Chile en esa época. Este material pedagógico, incluía, además, un folleto con las instrucciones básicas para exhibir el diaporama, así como una guía de preguntas que sugería como estructurar las sesiones de trabajo, sin la presencia de un historiador. Se proponía leer una breve presentación, luego se exhibía el diaporama, y, finalmente se invitaba al público a dividirse en grupos y trabajar una pauta de preguntas, que apelaba básicamente a la memoria de los participantes. Así nacieron, en 1980 los “talleres de recuperación de la memoria popular”, que alcanzaron gran éxito, ya que los diaporamas animaron numerosas actividades de formación y se exhibían en pequeños actos públicos, en especial, en las Iglesias de las poblaciones (barrios populares), en las que se reconstituía el movimiento popular chileno. Se multiplicaron las copias del diaporama, algunas de las cuales enviamos a provincias, y quienes trabajamos en estas actividades, comenzamos a ser invitados frecuentemente a animar talleres de memoria.



A mediados de 1981, realizamos un primer balance, una primera evaluación del uso del primer diaporama, coordinada por el sociólogo Fernando Ossandón, lo que nos obligó a pensar y poner por escrito, lo que surgía de esta experiencia. Los resultados de la evaluación, los ordenamos en torno a un conjunto de proposiciones de trabajo, entre las cuales, hay tres que me parece merecen ser recordadas: 1) La historia del movimiento obrero se nos revelaba como un campo de “reservas ético políticas” para los militantes y agentes sociales del cambio (historia de luchas, de un gran valor de lo colectivo, de autonomía, creación, etc.); 2) Esta historia, por otra parte, reforzaba sentimientos de identidad (los participantes se sentían a sí mismo “como integrantes de una historia de larga trayectoria”), 3) Conversar sobre el pasado era una invitación “o motivo de relectura del tiempo presente”.(Ossandón, Garcés y Milos, 1981, p.9). Estas proposiciones, creo que eran indicativas de nuestros propios aprendizajes e insisto en la noción de aprendizaje, no sólo porque se aprende de la experiencia, sino porque en esa etapa de la dictadura, los chilenos vivíamos francamente aislados del mundo, sin acceso a la literatura histórica especializada, y con muy poca interlocución con

un mundo académico, la mayoría de las veces adicto al régimen militar con el que manteníamos, salvo honrosas excepciones, los contactos necesarios, propios de nuestra condición de estudiantes.<sup>5</sup> La historia oral en Chile, me atrevo a afirmar, tuvo su acta de nacimiento, en un sentido contemporáneo, fuera de la Universidad, entre quienes –proveníamos o no de la historia– manteníamos vínculos de trabajo con las organizaciones populares y la Educación Popular. (Nicholls, N. 2013).

Durante los primeros años de la década de los ochenta, cuando los talleres de memoria se multiplicaron, fuimos invitados a trabajar en el mundo sindical, para apoyar la formación de nuevos dirigentes de los trabajadores chilenos<sup>6</sup>. Muchos de los dirigentes históricos habían sido asesinados, hechos desaparecer o habían tomado por la fuerza, el camino del exilio. Para enfrentar este nuevo desafío fue necesario generar nuevos instrumentos educativos, y produjimos una serie de folletos (11 fascículos), en que narramos la historia del movimiento obrero, con material gráfico, selección de algunas fuentes, preguntas para la reflexión, etc. En esta etapa, con el apoyo de la Cooperación Internacional, fue posible la edición y difusión de varios miles de fascículos<sup>7</sup>. La experiencia en el campo sindical fue distinta a la que realizábamos en poblaciones. Había más posturas y visiones más polémicas, particularmente con los roles de las dirigencias y las relaciones con los partidos políticos.



- 
- 5 En este contexto, los trabajos de E.P. Thompson, en el campo de la historia social, y de Alessandro Portelli, en el campo de la historia oral, nos eran completamente desconocidos. A Thompson lo comenzamos a leer a fines de los años ochenta, cuando regresaban algunos exiliados; a Portelli, cuando nos visitó la historiadora italiana Rosaria Stabili, a mediados de los años ochenta.
  - 6 En los años ochenta se fue constituyendo un circuito y redes académicas fuera de las universidades, en el mundo de las ONG, que generó una suerte de campo alternativo al oficial en la producción del conocimiento. Ver en: Moyano, Cristina y Garcés, Mario (editores) *ONG dictadura: conocimiento social, intelectuales y oposición política en el Chile de los ochenta*. Editorial Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2020
  - 7 La edición de estos fascículos estuvo a cargo de la ONG CETRA-CEAL, una organización de apoyo al movimiento sindical en aquellos años. Se editaron tirajes de hasta 6 mil ejemplares, según iban apareciendo los fascículos.

Los talleres de “recuperación de la memoria popular” se reprodujeron entre pobladores, jóvenes y trabajadores, apoyados tanto por el diaporama como por los fascículos. El año 1984, estimamos, de acuerdo con nuestros registros, que unas diez mil personas habían participado de algún taller de historia o asistido a algún evento, en que los diaporamas se habían exhibido. Para los tiempos que vivíamos era un logro que superaba todas nuestras expectativas. Con mayor distancia, cuando evaluábamos esta etapa, reconocimos que, en realidad, sencillamente habíamos sido capaces de atender una demanda que era parte de un proceso social y político mayor: la memoria era una forma de resistir social y culturalmente a la dictadura.

En efecto, luego de algunos años de “militancia en los talleres de la memoria popular” pudimos precisar más, qué era lo que estaba en juego en nuestros talleres, qué estábamos aprendiendo y qué desafíos teníamos por delante. Una primera constatación se nos impuso, el mundo popular chileno, que había sido protagonista de un significativo proyecto de cambio social –el proyecto socialista de la Unidad Popular– y de una respuesta represiva sin límites, demandaba conocimiento histórico, un saber problematizado, que ayudara a entender los críticos momentos que vivíamos como sociedad, y por cierto, más agudamente, que vivía la propia clase popular, la que no sólo era objeto de la represión estatal, sino de un cambio fundamental en el modelo de desarrollo, que lanzaba a miles al desempleo, al hambre y a la pobreza.

Una segunda constatación, la memoria trabajaba como resistencia frente a un régimen que negaba o satanizaba el pasado de luchas, buscando imponer una lectura del pasado que diera mayor legitimidad a los cambios que la dictadura imponía en la economía, la política o la cultura. Sin embargo, así como en el campo de la música popular, más allá de las modas, el canto de Violeta Parra o Víctor Jara trascendían a la dictadura, así también, las memorias de luchas populares (sindicales, juveniles, de mujeres), siempre volvían en los talleres de memoria, para contrastar un presente opaco y autoritario. Como indicamos, en un documento de trabajo en 1987, “puestos los actores ante su propia memoria, individual o colectiva, y haciendo uso de la información histórica existente de ser necesario, se desencadena un proceso de indagación que no sólo se reapropia del pasado, sino que lo reformula de acuerdo a códigos muy diversos que lo enriquecen. A las inquietudes del presente, se suman los deseos de futuro y las ubicaciones específicas pasadas y actuales...” Lo que estaba en juego en nuestros talleres, afirmamos entonces, eran procesos educativos y políticos, “educativo, en tanto hace posible la reconstrucción y apropiación colectiva del pasado, y político, en tanto se traduce en una afirmación y reelaboración de la identidad popular” (Garcés, M. Y Milos P. 1987, p. 17).

Desde el punto de vista de los procesos de politización de los sectores populares, la dictadura configuró un tiempo complejo, ya que cerró o canceló todas las formas conocidas de hacer política. En este nuevo contexto, en una primera etapa, hasta 1983 aproximadamente, predominó la acción social de las Iglesias Cristinas, especialmente la Iglesia Católica, que facilitó y promovió el desarrollo de un conjunto de organizaciones sociales que colaboraron en la “reconstrucción del tejido social” (Comedores Populares, organizaciones de cesantes, grupos de salud, grupos culturales, etc.). La situación cambió, a partir de 1983, cuando se iniciaron las Protestas Nacionales y recuperaron protagonismo los partidos políticos. Mientras en la primera etapa, predominaba una orientación hacia la auto organización, que implicaba importantes aprendizajes de auto-

mía y la emergencia de nuevos actores y liderazgos de jóvenes y mujeres, en la segunda etapa, predominó la acción expresiva y *callejera* en los días de protesta y una mayor subordinación a las directrices partidarias. El protagonismo juvenil adquirió entonces mayor vigencia y visibilidad, particularmente en las jornadas de protesta más exitosas que, prácticamente, paralizaban Santiago y las grandes ciudades del país. En ambas etapas, las ONGs jugaron también un papel relevante en el apoyo formativo, generando redes de intercambio, facilitando espacios de encuentro o movilizandolos recursos materiales hacia las organizaciones sociales.

Pero, tanto más importante fue el papel de los líderes locales que ganaron en desarrollo, mientras mayor era la autonomía de las organizaciones sociales. Paradojalmente, cuando retornaron los partidos, si bien por una parte, se gana en eficacia y proyección nacional, por otra parte, los liderazgos se hacen más dependientes e instrumentales.

En estos contextos políticos, afirmamos: a) La memoria popular revelaba porfiadamente la presencia popular en nuestra historia, a pesar de todas las formas de exclusión que se imponían en dictadura; b) Lo popular se reconocía más en situaciones de escisión social y política, que en situaciones de integración; c) Los procesos de afirmación de identidad popular no sólo comprometen una dimensión de auto reconocimiento, sino que interrogan la vigencia de un proyecto político popular.

Desde un punto de vista educativo, indicamos: a) El punto de partida de los procesos de recuperación de la memoria es la visión que las personas o grupos tienen del presente; b) El reconocimiento de la propia memoria hace que los actores cambien su concepción de la historia y su papel en ella; c) La recuperación de la memoria requiere una metodología que facilite la expresión del actor; d) El proceso educativo que se genera a propósito de recuperar la memoria popular, normalmente se traduce en orientaciones para la acción.

Finalmente, reconocimos en estos años, una serie de desafíos para el campo de la historiografía chilena. Este balance lo hicimos de dos maneras, observando críticamente nuestra propia experiencia en los talleres y ampliando la mirada, hacia la producción historiográfica que comenzaba a emerger. A propósito de nuestra experiencia, reconocimos que, en un primer momento, en los años 1979-1982, bastaba en un taller afirmar lo relativamente conocido, ya que la demanda popular tenía mucho que ver con reconocer su propia presencia en la historia nacional. Los hechos del pasado relativos a las luchas populares, en el contexto de la dictadura, parecían “hablar por sí solos”, es decir, se revelaban subversivos por el solo hecho de ser nombrados.

Sin embargo, en un segundo momento, la emergencia de nuevos actores –los pobladores, las comunidades cristianas de base, las mujeres, los jóvenes– nos comenzaban a interrogar, sobre su propia historia como movimiento social y para estas preguntas, no contábamos con buenas respuestas, ni con la producción historiográfica necesaria. De este modo, aprendimos en esta etapa, “que la constitución de un actor social (o movimiento social) conlleva una demanda de historicidad, una pregunta por la génesis o las condiciones en que se gestan estos movimientos (...) ¿Qué pasaba con la mujer en las organizaciones obreras? ¿Qué lugar ocupaban los pobladores en la lucha política? ¿Cómo la política daba cuenta de las diversas expresiones de la cultura popular? ¿Cómo era la participación de los cristianos en la etapa democrática?” Por



otra parte, la pérdida de perfil del movimiento obrero, nos interrogaba sobre las debilidades históricas del sindicalismo. (Garcés, M. y Milos P., 1987, pp. 22-23). Finalmente, en el tiempo que hacíamos este balance, se cernían sobre nosotros muchas preguntas –algunas sombrías– sobre la forma que tomaría la transición a la democracia, especialmente las asociadas al tradicionalismo político chileno. Sentíamos entonces, la necesidad de una historia problematizadora.

Con relación a la historiografía chilena de ese entonces, en un sentido más amplio, teníamos la percepción que era mucho lo que había que hacer, “hay mucho que recopilar, vacíos que llenar, procesos que abordar en una lógica de acumulación (...) dar cuenta de aquello que en su tiempo constituyó tensión, desencuentro, dilema, de tal modo que sea posible contribuir a informar los problemas de hoy, que en su mayoría son problemas ‘cargados de historia’. Nos parecía también necesario ampliar y enriquecer la categoría de “lo popular” liberándola de alguna manera del campo restringidamente político para situarla en el terreno histórico y cultural”.<sup>8</sup> Pensábamos entonces, que la historiografía chilena debía ser capaz de dialogar más con los propios sujetos de la historia, que debíamos avanzar en una teorización acerca de nosotros mismos, de nuestra propia historia, nutriéndonos de otros, pero escapando a las teorías de moda, o más precisamente, a esa frecuente tendencia entre los intelectuales latinoamericanos de “aplicar” a nuestra realidad la última novedad europea o norteamericana. Los talleres de recuperación de la memoria, en suma, nos interpelaron con muchas interrogantes, relativas al saber histórico nacional y popular, pero al mismo tiempo, nos hicieron visible el valor del conocimiento histórico, como aliado de las luchas de los sectores populares y de su propia agencia histórica. En esta etapa, nuestro propio saber histórico se fue empapando, si no tiñendo de memorias y de algún modo, nos fue también indicando que el saber histórico circula en la sociedad, desde las memorias individuales y colectivas.

Es de justicia, agregar, finalmente, que por estos años se publicó el trabajo de Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Sur Ediciones, 1985) que abrió un nuevo surco, o más precisamente inauguraba un nuevo movimiento historiográfico chileno, denominado la Nueva Historia Social Chilena, que hacia los años noventa, contaba con una variedad de títulos publicados y que influyó significativamente en la formación de los nuevos jóvenes historiadores. (Pinto J. 2016. Pp. 69 - 115). Habría que agregar también, que en los mismos años que dábamos vida al Taller Nueva Historia en Chile, en Londres, un grupo de historiadores chilenos exiliados, crearon y comenzaron a difundir la Revista Nueva Historia, que acogía importantes y novedosos trabajos que comenzaban a recrear, desde nuevos enfoques, la historia social y política chilena.

### 3. De los talleres de memoria a la producción de “historias locales”

Hacia fines de los años ochenta, el movimiento popular chileno vivía una etapa francamente crítica, por una parte, había protagonizado un ciclo de protestas sociales (1983-1986) de gran significación política (y alto costo en vidas humanas, especialmente de jóvenes, como

---

8 Por caminos propios nos íbamos acercando a las elaboraciones de E.P. Thompson, que por cierto abrió el debate sobre las mediaciones culturales, a propósito de sus estudios sobre la clase obrera en su país. E.P. Thompson. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Editorial Crítica, Barcelona, 1989

producto de la represión estatal), que prepararon el retorno a la democracia. Sin embargo, por otra parte, las iniciativas y formas de la transición eran coordinadas y dirigidas por los viejos partidos y liderazgos políticos, que terminaron favoreciendo un “pacto en las alturas”, que prescindió del papel y los aportes de los movimientos sociales de base, para la etapa de democratización que debía seguir a la dictadura.<sup>9</sup>

Para los historiadores que habíamos trabajado en los Talleres de Memoria, así como para los nuevos historiadores que se habían incorporado a ECO, Educación y Comunicaciones (la ONG que acogió al Taller de Nueva Historia)<sup>10</sup>, el retorno a la democracia se nos presentaba entonces, con signos visiblemente contradictorios. La protesta social de los años ochenta, que había puesto en movimiento a miles de jóvenes, mujeres, estudiantes y también, aunque más debilitados, a los trabajadores organizados, no había sido capaz de proyectar sus demandas en propuestas políticas, como para influir de modo significativo en el cuadro político nacional. Y como ya adelantamos, los partidos políticos tradicionales retornaban a la escena política para organizar la transición, relegando a los movimientos sociales a roles secundarios, de apoyo y de presión a los militares, pero subordinados a una estrategia de tipo electoral que condujo al plebiscito de 1988, que hizo posible el desplazamiento de Pinochet del gobierno<sup>11</sup>.

En este contexto, y cuando ya las barricadas -que habían simbolizado la protesta social en las poblaciones- se apagaban, nos fuimos convenciendo que había que dar paso a una nueva etapa de trabajos con la memoria. Los talleres de la etapa anterior habían sido muy animados, pero no estaban orientados a registrar y difundir el saber, que allí se generaba. Existían algunos registros, pero dispersos, no sistematizados, de tal modo que no alcanzaban a constituir narrativas organizadas, en torno a una experiencia específica.

Iniciamos entonces diversas búsquedas, entre las cuales tres de ellas fueron ganando en desarrollo, una primera, destinada a poner en contacto a diversas personas y grupos, que habían comenzado a producir “historias locales”; una segunda búsqueda, se orientó a producir

---

9 “Un tiempo peligroso” fue el llamado de portada que dimos, en esta coyuntura, a la publicación de los resultados de un Taller con dirigentes sociales. Ver en Talleres de Análisis de Movimientos Sociales N° 3. ECO, diciembre de 1988.

Para una mirada histórica, de más largo plazo sobre los movimientos sociales, se puede consultar, Garcés, Mario. “Los movimientos sociales populares en el siglo XX. Balance y perspectivas” En Revista Política, vol. 43, primavera 2004, INAP, Universidad de Chile, Santiago.

10 A mediados de los años 80, se incorporó, con dedicación parcial a ECO, el historiador Gabriel Salazar, actual Premio Nacional de Historia. Más tarde, a principios de los noventa, los historiadores Miguel Urrutia y las historiadoras Myriam Olguín y Nancy Nicholls.

11 La compleja transición chilena siguió un curso que estaba contemplado en la propia institucionalidad de la dictadura, la que establecía un plebiscito en 1988, para prolongar por 8 años la permanencia de Pinochet en el gobierno (de 1973 a 1988, ya llevaba 16 años en el poder). Si perdía, como efectivamente ocurrió, éste podía permanecer aún un año más en el gobierno, y luego ocho años como Comandante en Jefe del Ejército. De este modo, efectivamente, Pinochet no dejó su poder de facto hasta 1990 y permaneció como jefe del Ejército hasta marzo de 1997. Meses más tarde, el ex dictador decidió viajar, para operarse, en Londres, donde fue detenido a petición del juez Garzón de España, país en el cual se le seguía juicio por reiteradas violaciones a los DDHH. Retornó a Chile, paradójicamente por “razones humanitarias”, cuando Chile reclamaba el mejor derecho para juzgarle. Sin embargo, en esta etapa, por razones médicas, los procesos judiciales fueron sistemáticamente bloqueados por sus abogados.

materiales pedagógicos que estimularan la producción de estas historias de barrios y poblaciones de Santiago y regiones. Y, finalmente, una tercera línea, fueron las iniciativas del propio Equipo de ECO, encaminadas a generar registros y elaboración de historias locales.

### **a) *Los intercambios en torno a las historias locales.***

En 1992, convocamos al primer *Seminario de Historias Locales y procesos de democratización*, lo que nos permitió trabajar con los autores de ocho experiencias de historias locales. Les solicitamos a cada autor y autora que narrara al grupo: los resultados de su indagación, sus propósitos y los métodos de trabajo empleados. Por cierto, este encuentro nos permitió reconocer diversas motivaciones en la elaboración de historias locales, sin embargo, dos temas se fueron constituyendo con más fuerza a lo largo del seminario. Por una parte, la cuestión de las “identidades” (“que nos reconozcan, que nosotros nos reconozcamos”) y por otra parte, el tema de los proyectos populares (“queremos mejorar... cambiar este sistema”).<sup>12</sup>

Con relación al primer problema, el de las identidades, la experiencia mostraba que se buscaba el auto reconocimiento, la valoración de lo propio, la memoria local. Pero al mismo tiempo, se trataba de motivar a los pobladores, de apoyar y estimular la participación local. Es decir, la identidad no era vista como una experiencia fijada en el pasado, sino en movimiento, con efectos sobre el presente y con proyecciones hacia el futuro. Se nos constituían, entonces, nuevos campos de reflexión y elaboración teórica: i) no era casual ni de menor efecto sobre el análisis social, el tránsito, que, de alguna manera estábamos viviendo, de los temas “de la conciencia” al de “la identidad”. Mientras la reflexión en torno a la conciencia provenía de la tradición hegeliana y marxista, las cuestiones referidas a la identidad había que asociarlas más a la “historicidad” de los propios sujetos populares (su experiencia, su cultura, su memoria, sus modos de relación con la dominación, etc.); ii) los problemas relativos al “proyecto popular” también se hacían más complejos, ya que éste ya no sería la adscripción a un programa o una ideología, como en el pasado, sino la proyección política de la propia experiencia de los sujetos asociados y movilizados; iii) finalmente, nos preocupaba, tal vez de sobre manera, la cuestión metodológica, es decir, la capacidad de generar estrategias eficientes para resolver los problemas relativos a propósitos e instrumentos; la relación entre el historiador y la comunidad historiada; los cambios posibles de realizar a partir de los ejercicios de memoria y de elaboración de la historia del barrio. (Farías, A., Garcés, M. y Nicholls, N. (1993. Pp. 55-66).

### **b) *La producción de material educativo***

Aprendíamos de los intercambios, como el que se verificó en el Seminario antes reseñado, pero la realidad nos indicaba que había que estimular la reflexión de base, y que la memoria

---

12 Las citas entre paréntesis, fueron tomadas del discurso de una pobladora en la presentación de un trabajo de historia local: “Entonces, es tan valioso eso de que cada población o este mismo libro que nos representa, vaya por todo el país, que nos reconozcan como pobladores, que no nos avergoncemos, que somos importantes (...) Queremos mejorar la situación, queremos cambiar este sistema, pero que parta de nosotros, no que vengan a decirnos como tenemos que hacer las cosas...” Luisa Riveros en el lanzamiento del libro *Voces de Chuchunco*, de Luis Morales.

sobre la propia experiencia era fundamental para reanimar a los sujetos colectivos de base, que el proceso político de la transición subvaloraba o ignoraba. Al mismo tiempo, reconocíamos en algunas de las nuevas autoridades de gobierno, una mayor sensibilidad frente a la producción cultural, lo que nos permitió postular a fondos estatales para realizar un ciclo de talleres y publicar la primera “guía metodológica” para la historia local: *Voces de Identidad. Propuesta metodológica para la recuperación de la historia local* (Santiago, 1994)

Al revisar el material producido en esos años, resulta evidente constatar que nos encontrábamos ante una situación bien distinta a la de los años ochenta. Una diversidad de personas, grupos e incluso instituciones, comenzaban a desarrollar iniciativas encaminadas a producir relatos y narrativas locales, de una gran riqueza. En Santiago, Ana María Farías, desde la ONG JUNDEP, apoyaba procesos de memoria, relativos al poblamiento popular en el sector poniente de la ciudad; el profesor Luis Morales, en la población Villa Francia, reconstruía la historia de los detenidos desaparecidos de la población; Manuel Paiva en la emblemática Población La Victoria, trabajaba la historia del Grupo de Salud; Cecilia Díaz y Ligia Galván, desde ECO, se proponían recrear la historia de la Población La Alborada, en La Florida, para animar la participación social. En provincias, Luis Vildósola desde CIDPA en Viña del Mar, junto con recrear historias de la vivienda, se abría a trabajar con jóvenes y niños, que comenzaban a narrar sus vidas y a reconocer los lugares y símbolos de su propio barrio; Verónica Salas y el TAC (Taller de Acción Cultural), en Quinchamalí, indagaban sobre la greda y el canto popular; por iniciativa del Obispado de Chiloé comenzaban a editar *Los Cuadernos de historia, hechos por la comunidad*. (Garcés, Ríos y Suckel, 1993, pp 11-14)

Por otra parte, no se trataba sólo de iniciativas que registraban testimonios, en entrevistas individuales y colectivas, sino que indagaban en archivos, en la prensa y reproducían relatos locales, historias de vida, del trabajo, la sobre vivencia, la organización, la lucha por la vivienda, la represión, etc. Estos relatos se difundían luego en pequeños folletos, o libros más elaborados, pero también algunos grupos comenzaban a probar otros formatos, el video, el comics, el canto, la poesía. Todas estas formas de creación y comunicación podían ponerse al servicio de la historia y la memoria. Otro aspecto novedoso, es que ya en medio de la transición a la democracia, algunos de los grupos que producían historias locales, comenzaban a establecer vínculos con las escuelas y se abrían diálogos iniciales con autoridades del Ministerio de Educación.

Evidentemente, esta primera “guía metodológica” junto con valorar el nuevo tipo de saber que emergía de las historias locales, buscaba acercar a los historiadores locales, a los métodos propios o en uso de las ciencias sociales. Este acercamiento no podía estar exento de problemas o de tensiones, entre los cuales, tal vez dos de ellos, se nos revelarían como los más importantes. Por una parte, el de las relaciones entre verdad, memoria y subjetividad; y, por otra parte, el de la producción de teoría coherente con nuestra propia historia. Evidentemente, para estos problemas no había respuestas unívocas, más bien había que construirlas, tarea de la que nos ocuparíamos en el tiempo venidero.<sup>13</sup>

---

13 En el 2002, editamos en ECO, una nueva guía para trabajar en la recuperación y la “recreación” del pasado, la memoria y la historia local. Por cierto, esta nueva guía, corresponde a otra etapa, en que diversas iniciativas nos habían ido

### c) **La producción de historias locales desde ECO, Educación y Comunicaciones (1992-2004)**

Esta línea se inició en 1992, con un proyecto de formación de líderes poblacionales y la elaboración de una historia de la Comuna de Huechuraba, además de otras iniciativas de apoyo al Hogar de Cristo y a los profesores de la Comuna de Maipú.<sup>14</sup> Más tarde vendrían nuevos proyectos, que trascienden el marco temporal de esta ponencia, por lo que solo los mencionamos a continuación:

- El Primer Concurso de Historias Locales y sus fuentes (1993-1994)
- Escuela de Formación de dirigentes e historia de la Comuna de Huechuraba, (1992 -1997)
- Identidad Legüina: Sus organizaciones, dirigentes y las nuevas iniciativas de desarrollo local (1998-1999)
- Memorias de la violación y de la lucha por los Derechos Humanos en la población La Legua (2000-2003)<sup>15</sup>

## 4. **Epílogo: La memoria en la historia reciente de Chile**

En el campo de la memoria, al iniciarse el siglo XXI se abrió una nueva etapa en la memoria, esta vez de la memoria de la dictadura y de la violación de los DDHH. En esta nueva etapa asistimos, a lo que, en algunos medios, se ha denominado el boom de la memoria o con más precisión, la historia María Angélica Illanes llamó “la batalla de la memoria” (2002, p.12). Se han multiplicado, desde entonces, las más diversas iniciativas desde el Movimiento de DDHH (por ejemplo, archivos, memoriales, sitios de memoria); en el campo académico (Seminarios y publicaciones); en el mundo editorial, del arte, el cine, etc.

Evidentemente, se trata de una etapa distinta a la que hemos descrito en este artículo, pero que sin embargo convive, con menor visibilidad, con la memoria de los grupos populares, con los que interactuamos en los años ochenta. La actual situación social y política chilena,

---

abriendo nuevas perspectivas de análisis. En esta nueva etapa, nos situamos más desde la disciplina de la historia, en sentido estricto, y de los impactos que estaban provocando las disputas por la memoria en la sociedad chilena.

14 Junto al historiador Miguel Urrutia, apoyamos al Programa de Ayuda Intra Familiar del Hogar de Cristo, en mejorar los diagnósticos de familias de extrema pobreza, a través de relatos e historias de vida, así como también, un proyecto piloto para estimular a profesores de historia de la Comuna de Maipú para que indagaran y escribieran sobre la historia de su comuna

15 Estos diversos proyectos dieron lugar a sus respectivas publicaciones: ECO, Educación y Comunicaciones. *Historias para un fin de siglo. 1º Concurso de Historias Locales y sus fuentes*. Ediciones Pehuén, Santiago de Chile, 1994; Mario Garcés y Equipo profesional. *Historia de la Comuna de Huechuraba. Memoria y oralidad urbana popular*. Ediciones ECO, Santiago de Chile, 1997; Red de Organizaciones Sociales de La Legua y ECO, *Educación y Comunicaciones. Lo que se teje en La Legua*. Ediciones ECO; Santiago de Chile, 1999. Este proyecto fue coordinado en terreno por la historiadora Myriam Olguín, Mario Garcés y Sebastián Leiva. *El golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*, LOM ediciones, Santiago de Chile, 2005.

que se comenzó a configurar luego de Estallido Social del 18 de octubre de 2019, ha instalado, no obstante, acuciantes preguntas sobre los pobladores y sus memorias y sus aspiraciones de cambio que no fueron resueltas en la transición a la democracia.

## Bibliografía

- ECO, Educación y Comunicaciones. (1998). *Taller de Análisis de Movimientos Sociales N° 3*, Santiago.
- ECO, Educación y Comunicaciones. (1994). *Historias para un fin de siglo. 1° Concurso de Historial Locales y sus fuentes*. Ediciones Pehuén, Santiago.
- Farías, A., Garcés, M. y Nicholls, N. (1993). “Historias locales y Democratización local”. Documento de Trabajo. ECO, Educación y Comunicaciones, Santiago.
- Garcés, M. y Milos, P. (1987). “Aspectos educativos y políticos en la recuperación de la memoria popular”. En: Jorge Bravo, editor *Memoria Histórica y Sujeto Popular*. Documento de Trabajo ECO, Educación y Comunicaciones, Santiago.
- Garcés, M., Ríos, B. y Suckel, H. (1993). *Voces de Identidad. Propuesta metodológica para la recuperación de la historia local*. CIDE; ECO; JUNDEP; Santiago.
- Garcés, M. y Equipo profesional. (1997). *Historia de la Comuna de Huechuraba. Memoria y oralidad urbana popular*. Ediciones ECO, Santiago.
- Garcés, M. (2004) “Los movimientos sociales populares en el siglo XX. Balance y perspectivas” En *Revista Política INAP, Universidad de Chile* (vol. 43), 13-33.
- Garcés, M. y Leiva, S. (2005). *El golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*, LOM ediciones, Santiago de Chile.
- Illanes, M. A. (2002). *La batalla de la memoria*. Ediciones Planeta-Ariel, Santiago.
- Moyano, C. y Garcés, M. (eds.). (2020). *ONG dictadura: conocimiento social, intelectuales y oposición política en el Chile de los ochenta*. Editorial Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2020
- Nicholls, N. (2013). “El desarrollo de la historia oral en Chile: de los talleres de educación popular a los estudios multidisciplinarios (1980-2013)”. En *Historia, Voces y Memoria. Revista del Programa de Historia Oral* 6, 267-302.
- Ossandón, F., Garcés, M. y Milos, P. (1981). “La comunicación audiovisual y los procesos de recuperación de la memoria popular. Evaluación uso del diaporama *Historia del Movimiento Obrero-1era parte*”- Documento de Trabajo ECO, *Comunicación y Solidaridad N° 2*, Santiago.

- Red de Organizaciones Sociales de La Legua y ECO, Educación y Comunicaciones. (1999). *Lo que se teje en La Legua*. Ediciones ECO; Santiago.
- Pinto, J. (2016) *La historiografía chilena durante el siglo XX. Cien años de propuestas y combates*. Editorial América en Movimiento. Valparaíso.
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Editorial Crítica, Barcelona.